

dos aquellos que de sus penas y de la muerte de Grisóstomo me culpan; y así ruego á todos los que aquí estais me esteis atentos, que no será menester mucho tiempo ni gastar muchas palabras para persuadir una verdad á los discretos. Hizome el cielo, segun vosotros decís, hermosa, y de tal manera que sin ser poderosos á otra cosa á que me améis os mueve mi hermosura, y por el amor que me mostrais decís y aun quereis que esté yo obligada á amaros. Yo conozco con el natural entendimiento que Dios me ha dado que todo lo hermoso es amable; mas no alcanzo que por razon de ser amado esté obligado lo que es amado por hermoso á amar á quien le ama; y más que podría acontecer que el amador de lo hermoso fuese feo, y siendo lo feo digno de ser aborrecido, cae muy mal el decir: quíerote por hermosa, hasme de amar aunque sea feo. Pero puesto caso que corran igualmente las hermosuras, no por eso han de correr iguales los deseos, que no todas hermosuras enamoran, que algunas alegran la vista y no rinden la voluntad; que si todas las bellezas enamorasen y rindiesen, seria un andar las voluntades confusas y descaminadas sin saber en cuál habrian de parar; porque siendo infinitos los sugetos hermosos, infinitos habian de ser los deseos; y segun yo he oido decir el verdadero amor no se divide, y ha de ser voluntario, y no forzoso. Siendo esto así, como yo creo que lo es, ¿por qué quereis que rinda mi voluntad por fuerza, obligada no mas de que decís que me quereis bien? Si no, decidme: ¿si como el cielo me hizo hermosa me hiciera fea, fuera justo que me quejara de vosotros porque no me amábades? Quanto mas que habeis de considerar que yo no escogí la hermosura que tengo, que tal cual es el cielo me la dió de gracia sin yo pedilla ni escogella; y así como la víbora no merece ser culpada por la ponzoña que tiene, puesto que con ella mata por habérsela dado naturaleza, tampoco yo merezco ser reprendida por ser hermosa; que la hermosura en la muger honesta es como el fuego apartado, ó como la espada aguda, que ni él quema, ni ella corta á quien á ellos no se acerca. La honra y las virtudes son adornos del alma, sin las cuales el cuerpo, aunque lo sea, no debe de parecer hermoso: pues si la honestidad es una de las virtudes que al cuerpo y alma mas adornan y hermocean, ¿por qué la ha de perder la que es amada por hermosa, por corresponder á la intencion de aquel que por solo su gusto con todas sus fuerzas é industrias procura que la pierda? Yo nací libre, y para poder vivir libre escogí la soledad de los campos: los árboles destas montañas son mi compañía, las claras aguas destes arroyos mis espejos, con los árboles y con las aguas comunico mis pensa-

mientos y hermosura. Fuego soy apartado, y espada puesta lejos. A los que he enamorado con la vista he desengañado con las palabras; y si los deseos se sustentan con esperanzas, no habiendo yo dado alguna á Grisóstomo ni á otro alguno, el fin de ninguno dellos bien se puede decir, que antes le mató su porfía que mi crueldad: y si se me hace cargo que eran honestos sus pensamientos, y que por esto estaba obligada á corresponder á ellos, digo que cuando en ese mismo lugar donde ahora se cava su sepultura me descubrió la bondad de su intencion, le dije yo que la mia era vivir en perpetua soledad, y de que sola la tierra gozase el fruto de mi recogimiento y los despojos de mi hermosura: y si él con todo este desengaño quiso porfiar contra la esperanza y navegar contra el viento, ¿qué mucho que se anegase en la mitad del golfo de su desatino? Si yo le entretuviera, fuera falsa; si le contentara, hiciera contra mi mejor intencion y prosupuesto. Porfió desengañado, desesperó sin ser aborrecido: mirad ahora si será razon que de su pena se me dé á mí la culpa. Quéjese el engañado, desesperese aquel á quien le faltaron las prometidas esperanzas, confíese el que yo llamare, ufánese el que yo admitiere; pero no me llame cruel ni homicida aquel á quien yo no prometo, engaño, llamo ni admito. El cielo aun hasta ahora no ha querido que yo ame por destino; y el pensar que tengo de amar por eleccion es escusado. Este general desengaño sirva á cada uno de los que me solicitan de su particular provecho; y entiéndase de aqui adelante, que si alguno por mí muriere, no muere de zeloso ni desdichado, porque quien á nadie quiere á ninguno debe dar zelos, que los desengaños no se han de tomar en cuenta de desdenes. El que me llama fiera y basilisco déjeme como cosa perjudicial y mala, el que me llama ingrata no me sirva, el que desconocida no me conozca, quien cruel no me siga: que esta fiera, este basilisco, esta ingrata, esta cruel y esta desconocida ni los buscará, servirá, conocerá ni seguirá en ninguna manera. Que si á Grosóstomo mató su impaciencia y arrojado deseo, ¿por qué se ha de culpar mi honesto proceder y recato? Si yo conservo mi limpieza con la compañía de los árboles, ¿por qué ha de querer que la pierda el que quiere que la tenga con los hombres? Yo, como sabeis, tengo riquezas propias, y no codicio las ajenas; tengo libre condicion, y no gusto de sujetarme: ni quiero ni aborrezco á nadie: no engaño á este, ni solicito aquel, ni burlo con uno, ni me entretengo con el otro. La conversacion honesta de las zagalas destas aldeas y el cuidado de mis cabras me entretiene: tienen mis deseos por término estas montañas, y si de aqui salen es á contemplar la hermosura del cielo, pasos con que camina el alma

á su morada primera. Y en diciendo esto, sin querer oír respuesta alguna, volvió las espaldas y se entró por lo mas cerrado de un monte que allí cerca estaba, dejando admirados tanto de su discrecion como de su hermosura á todos los que allí estaban. Y algunos dieron muestras (de aquellos que de la poderosa flecha de los rayos de sus bellos ojos estaban heridos) de querer la seguir, sin aprovecharse del manifiesto desengaño que habian oido. Lo cual visto por D. Quijote, pareciéndole que allí venia bien usar de su caballería socorriendo á las doncellas menesterosas, puesta la mano en el puño de su espada en altas é ininteligibles voces dijo: ninguna persona de cualquiera estado y condicion que sea se atreva á seguir á la hermosa Marcela, so pena de caer en la furiosa indignacion mia. Ella ha mostrado con claras razones la poca ó ninguna culpa que ha tenido en la muerte de Grisóstomo, y cuan agena vive de condescender con los deseos de ninguno de sus amantes, á cuyá causa es justo que en lugar de ser seguida y perseguida sea honrada y estimada de todos los buenos del mundo, pues muestra que en él ella es sola la que con tan honesta intencion vive. O ya que fuese por las amenazas de D. Quijote, ó porque Ambrosio les dijo que concluyesen con lo que á su buen amigo debian, ninguno de los pastores se movió ni apartó de allí, hasta que acabada la sepultura, y abrasados los papeles de Grisóstomo, pusieron su cuerpo en ella no sin muchas lágrimas de los circunstantes. Cerraron la sepultura con una gruesa peña en tanto que se acababa una losa que, segun Ambrosio dijo, pensaba mandar hacer con un epitafio que habia de decir desta manera:

Yace aquí de un amador
El misero cuerpo helado,
Que fue pastor de ganado,
Perdido por desamor.

Murió á manos del rigor
De una esquivá hermosa ingrata,
Con quien su imperio dilata
La tiranía de amor.

Luego esparcieron por cima de la sepultura muchas flores y ramos, y dando todos el pésame á su amigo Ambrosio se despidieron dél. Lo mismo hicieron Vivaldo y su compañero, y D. Quijote se despidió de sus huéspedes y de los caminantes, los cuales le rogaron se vienesse con ellos á Sevilla, por ser lugar tan acomodado á hallar aventuras, que en cada calle y tras cada esquina se ofrecen mas que en otro alguno. D. Quijote les agradeció el aviso y el ánimo que mos-

traban de hacerle merced, y dijo que por entonces no queria ni debia ir á Sevilla hasta que hubiese despojado todas aquellas sierras de ladrones malandrines, de quien era fama que todas estaban llenas. Viendo su buena determinacion no quisieron los caminantes importunarle mas, sino tornándose á despedir de nuevo le dejaron y prosiguieron su camino, en el cual no les faltó de que tratar así de la historia de Marcela y Grisóstomo, como de las locuras de D. Quijote, el cual determinó de ir á buscar á la pastora Marcela, y ofrecerle todo lo que él podia en su servicio. Mas no le avino como él pensaba, segun se cuenta en el discurso desta verdadera historia, dando aquí fin la segunda parte.

CAPITULO XV.

Donde se cuenta la desgraciada aventura que se topó D. Quijote en topar con unos desalmados yangüeses.

Cuenta el sabio Cide Hamete Benengeli que así como D. Quijote se despidió de sus huéspedes y de todos los que hallaron al entierro del pastor Grisóstomo, él y su escudero se entraron por el mismo bosque donde vieron que se habia entrado la pastora Marcela, y habiendo andado mas de dos horas por él buscándola por todas partes sin poder hallarla, vinieron á parar á un prado lleno de fresca yerba, junto del cual corría un arroyo apacible y fresco, tanto que convidó y forzó á pasar allí las horas de la siesta que rigurosamente comenzaba ya á entrar. Apeáronse D. Quijote y Sancho, y dejando al jumento y á Rocinante á sus anchuras pacer de la mucha yerba que allí habia, dieron saco á las alforjas, y sin ceremonia alguna, en buena paz y compañía, amo y mozo comieron lo que en ellas hallaron. No se habia curado Sancho de echar sueltas á Rocinante, seguro de que le conocia por tan manso y tan poco rijoso, que todas las yeguas de la dehesa de Córdoba no le hicieran tomar mal siniestro. Ordenó pues la suerte y el diablo, que no todas veces duerme, que andaban por aquel valle paciendo una manada de hacas galicianas de unos arrieros yangüeses, de los cuales es costumbre sestear con su recua en lugares y sitios de yerba y agua, y aquel donde acertó á hallarse D. Quijote era muy á propósito de los yangüeses. Sucedió pues que á Rocinante le vino en deseo de refocilarse con las señoras facas, y saliendo así como las olió de su natural paso y costumbre, sin pedir licencia á su dueño tomó un trocillo algo picadillo, y se fue á comunicar su necesidad con ellas; mas

ellas, que á lo que pareció debian de tener mas gana de pacer que de ál, recibieronle con las herraduras y con los dientes de tal manera que á poco espacio se le rompieron las cinchas, y quedó sin silla en pelota; pero lo que él debió mas de sentir fue, que viendo los arrieros la fuerza que á sus yeguas se les hacia, acudieron con estacas, y tantos palos le dieron, que le derribaron malparado en el suelo. Ya en esto D. Quijote y Sancho, que la paliza de Rocinante habian visto, llegaban ijadeando, y dijo D. Quijote á Sancho : á lo que yo veo, amigo Sancho, esto no son caballeros, sino gente soez y de baja ralea : dígolo porque bien me puedes ayudar á tomar la debida venganza del agravio que delante de nuestros ojos se le ha hecho á Rocinante. ¿Qué diablos de venganza hemos de tomar, respondió Sancho, si estos son mas de veinte, y nosotros no mas de dos, y aun quizá nosotros sino uno y medio? Yo valgo por ciento, replicó D. Quijote, y sin hacer mas discursos echó mano á su espada y arremetió á los yangüeses, y lo mismo hizo Sancho Panza incitado y movido del ejemplo de su amo; y á las primeras dió D. Quijote una cuchillada á uno que le abrió un sayo de cuero de que venia vestido con gran parte de la espalda. Los yangüeses, que se vieron maltratar de aquellos dos hombres solos siendo ellos tantos, acudieron á sus estacas, y cogiendo á los dos en medio comenzaron á menudear sobre ellos con grande ahinco y vehemencia : verdad es que al segundo toque dieron con Sancho en el suelo, y lo mismo le avino á D. Quijote, sin que le valiese su destreza y buen ánimo, y quiso su ventura que viniese á caer á los pies de Rocinante, que aun no se habia levantado; donde se echa de ver la furia con que machacan estacas puestas en manos rústicas y enojadas. Viendo pues los yangüeses el mal recado que habian hecho, con la mayor presteza que pudieron cargaron su recua y siguieron su camino, dejando á los dos aventureros de mala traza y de peor talante. El primero que se resintió fue Sancho Panza, y hallándose junto á su señor con voz enferma y lastimada dijo : señor D. Quijote, ah señor D. Quijote. ¿Qué quieres, Sancho hermano? respondió D. Quijote con el mismo tono afeminado y doliente que Sancho. Querria si fuese posible, respondió Sancho Panza, que vuestra merced me diese dos tragos de aquella bebida del feo Blas, si es que la tiene vuestra merced ahí á mano, quizá será de provecho para los quebrantamientos de huesos como lo es para las heridas. Pues á tenerla yo aquí, desgraciado yo, ¿qué nos faltaba? respondió D. Quijote; mas yo te juro, Sancho Panza, á fe de caballero andante, que antes que pasen dos dias, si la fortuna no ordena otra cosa, la tengo de tener en mi poder, ó mal me han de andar las manos. ¿Pues en cuántos le parece á vuestra mer-

ced que podremos mover los pies? replicó Sancho Panza. De mí sé decir, dijo el molido caballero D. Quijote, que no sabré poner término á esos días; mas yo me tengo la culpa de todo, que no habia de poner mano á la espada contra hombres que no fuesen armados caballeros como yo, y así creo que en pena de haber pasado las leyes de la caballería ha permitido el Dios de las batallas que se me diese este castigo; por la cual, hermano Sancho, conviene que estés advertido en esto que ahora te diré, porque importa mucho á la salud de entrambos; y es que cuando veas que semejante canalla nos hace algun agravio, no aguardes á que yo ponga mano á la espada para ellos, porque no lo haré en ninguna manera, sino pon tú mano á tu espada y castígalos muy á tu sabor, que si en su ayuda y defensa acudieren caballeros, yo te sabré defender y ofendellos con todo mi poder, que ya habrás visto por mil señales y experiencias hasta adonde se extiende el valor de este mi fuerte brazo: tal quedó de arrogante el pobre señor con el vencimiento del valiente vizcaino. Mas no le pareció tan bien á Sancho Panza el aviso de su amo, que dejase de responder diciendo: señor, yo soy hombre pacífico, manso, sosegado, y sé disimular cualquiera injuria, porque tengo muger y hijos que sustentar y criar: así que séale á vuestra merced tambien aviso, pues no puede ser mandato, que en ninguna manera pondré mano á la espada ni contra villano ni contra caballero, y que desde aquí para delante de Dios perdono cuantos agravios me han hecho y han de hacer, ora me los haya hecho ó haga ó haya de hacer persona alta ó baja, rico ó probe, hidalgo ó pechero, sin eceptar estado ni condicion alguna. Lo cual oído por su amo le respondió: quisiera tener aliento para poder hablar un poco descansado, y que el dolor que tengo en esta costilla se aplacara tanto cuanto para darte á entender, Panza, en el error en que estás. Ven acá, pecador, si el viento de la fortuna, hasta ahora tan contrario, en nuestro favor se vuelve, llenándonos las velas del deseo para que seguramente y sin contraste alguno tomemos puerto en alguna de las ínsulas que te tengo prometida, ¿qué seria de tí si ganándola yo te hiciese señor della? Pues lo vendrás á imposibilitar por no ser caballero ni quererlo ser, ni tener valor ni intencion de vengar tus injurias y defender tu señorío: porque has de saber que en los reinos y provincias nuevamente conquistados nunca estan tan quietos los ánimos de sus naturales, ni tan de parte del nuevo señor, que no se tenga temor de que han de hacer alguna novedad para alterar de nuevo las cosas, y volver, como dicen, á probar ventura; y así es menester que el nuevo posesor tenga entendimiento para saberse gobernar, y valor para ofender y defenderse en cual-

quier acontecimiento. En este que ahora nos ha acontecido, respondió Sancho, quisiera yo tene ese entendimiento y ese valor que vuestra merced dice; mas yo le juro á fe de pobre hombre que mas estoy para bizmas que para pláticas. Mire vuestra merced si se puede levantar, y ayudaremos á Rocinante, aunque no lo merece, porque él fue la causa principal de todo este molimiento: jamas tal creí de Rocinante, que le tenia por persona casta y tan pacífica como yo. En fin, bien dicen que es menester mucho tiempo para venir á conocer las personas, y que no hay cosa segura en esta vida. ¿Quién dijera que tras de aquellas tan grandes cuchilladas como vuestra merced dió á aquel desdichado caballero andante habia de venir por la posta y en seguimiento suyo esta tan grande tempestad de palos que ha descargado sobre nuestras espaldas? Aun las tuyas, Sancho, replicó D. Quijote, deben de estar hechas á semejantes nublados; pero las mias criadas entre sinabafas y holandas, claro está que sentirán mas el dolor desta desgracia, y si no fuese porque imagino, ¿qué digo imagino? sé muy cierto que todas estas incomodidades son muy anejas al ejercicio de las armas, aquí me dejaria morir de puro enojo. A esto replicó el escudero: señor, ya que estas desgracias son de la cosecha de la caballería, dígame vuestra merced si suceden muy á menudo, ó si tienen sus tiempos limitados en que acaecen; porque me parece á mí que á dos cosechas quedaremos inútiles para la tercera, si Dios por su infinita misericordia no nos socorre. Sábeta, amigo Sancho, respondió D. Quijote, que la vida de los caballeros andantes está sujeta á mil peligros y desventuras, y ni mas ni menos está en potencia propincua de ser los caballeros andantes reyes y emperadores, como lo ha mostrado la experiencia en muchos y diversos caballeros de cuyas historias yo tengo entera noticia; y pudiérate contar ahora, si el dolor me diera lugar, de algunos que solo por el valor de su brazo han subido á los altos grados que he contado, y estos mismos se vieron antes y despues en diversas calamidades y miserias, porque el valeroso Amadis de Gaula se vió en poder de su mortal enemigo Arcaus el encantador, de quien se tiene por averiguado que le dió teniéndole preso mas de doscientos azotes con las riendas de su caballo atado á una columna de un patio; y aun hay un autor secreto y de no poco crédito que dice que habiendo cogido al caballero de Febo con una cierta trampa que se le hundió debajo de los pies en un cierto castillo, y al caer se halló en una honda sima debajo de tierra atado de pies y manos, y allí le echaron una destas que llaman melecinas de agua de nieve y arena, de lo que llegó muy al cabo, y si no fuera socorrido en aquella gran cuita de un sabio grande amigo suyo, lo pasara

muy mal el pobre caballero : así que bien puedo yo pasar entre tanta buena gente, que mayores afrentas son las que estos pasaron que no las que ahora nosotros pasamos ; porque quiero hacerte sabidor, Sancho, que no afrentan las heridas que se dan con los instrumentos que acaso se hallan en las manos, y esto está en la ley del duelo escrito por palabras espresas : que si el zapatero da á otro con la horma que tiene en la mano, puesto que verdaderamente es de palo, no por eso se dirá que queda apaleado aquel á quien dió con ella. Digo esto porque no pienses que puesto que quedamos desta pendencia molidos, quedamos afrentados, porque las armas que aquellos hombres traian con que nos machacaron no eran otras que sus estacas, y ninguno dellos, á lo que se me acuerda, tenia estoque, espada ni puñal. No me dieron á mí lugar, respondió Sancho, á que mirase en tanto, porque apenas puse mano á mi tizona cuando me santiguaron los hombros con sus pinos, de manera que me quitaron la vista de los ojos y la fuerza de los pies, dando conmigo adonde ahora yago, y adonde no me da pena alguna el pensar si fue afrenta ó no lo de los estacazos, como me la da el dolor de los golpes, que me han de quedar tan impresos en la memoria como en las espaldas. Con todo eso te hago saber, hermano Panza, replicó D. Quijote, que no hay memoria á quien el tiempo no acabe, ni dolor que muerte no le consuma. ¿Pues qué mayor desdicha puede ser, replicó Panza, de aquella que aguarda al tiempo que la consuma, y á la muerte que la acabe? Si esta nuestra desgracia fuera de aquellas que con un par de bizmas se curan, aun no tan malo ; pero voy viendo que no han de bastar todos los emplastos de un hospital para ponerlas en buen término siquiera. Déjate deso, y saca fuerzas de flaqueza, Sancho, respondió D. Quijote, que así haré yo, y veamos cómo está Rocinante, que á lo que me parece no le ha cabido al pobre la menor parte desta desgracia. No hay de que maravillarse deso, respondió Sancho, siendo él tambien caballero andante ; de lo que yo me maravillo es de que mi jumento haya quedado libre y sin costas donde nosotros salimos sin costillas. Siempre deja la ventura una puerta abierta en las desdichas para dar remedio á ellas, dijo D. Quijote : dígolo porque esa bestezuela podrá suplir ahora la falta de Rocinante, llevándome á mí desde aquí á algun castillo donde sea curado de mis heridas. Y mas que no tendré á deshonra la tal caballería, porque me acuerdo haber leído que aquel buen viejo Sileno, ayo y pedagogo del alegre dios de la risa, cuando entró en la ciudad de las cien puertas iba muy á su placer caballero sobre un muy hermoso asno. Verdad será que él debia de ir caballero como vuestra merced dice, respondió Sancho ; pero

hay grande diferencia del ir caballero al ir atravesado como costal de basura. A lo cual respondió D. Quijote : las feridas que se reciben en las batallas ántes dan honra que la quitan ; así que, Panza amigo, no me repliques mas, sino como ya te he dicho levántate lo mejor que pudieres, y ponme de la manera que mas te agradare encima de tu jumento, y vamos de aquí ántes que la noche venga y nos saltee en este despoblado. Pues yo he oido decir á vuestra merced, dijo Panza, que es muy de caballeros andantes el dormir en los páramos y desiertos lo mas del año, y que lo tienen á mucha ventura. Eso es, dijo D. Quijote, cuando no pueden mas, ó cuando estan enamorados; y es tan verdad esto, que ha habido caballero que se ha estado sobre una peña al sol y á la sombra y á las inclemencias del cielo dos años sin que lo supiese su señora, y uno destos fue Amadis cuando llamándose Beltenébros se alojó en la peña pobre ni sé si ocho años ó ocho meses, que no estoy muy bien en la cuenta; basta que él estuvo allí haciendo penitencia por no sé qué sinsabor que le hizo la señora Oriana; pero dejemos ya esto, Sancho, y acaba ántes que suceda otra desgracia al jumento como á Rocinante. Aun ahí seria el diablo, dijo Sancho; y despidiendo treinta ayes y sesenta sorpiros, y ciento y veinte pésetes y reniegos de quien allí le habia traído, se levantó quedándose agobiado en la mitad del camino como arco turquesco sin poder acabar de enderezarse; y con todo este trabajo aparejó su asno, que tambien habia andado algo distraido con la demasiada libertad de aquel dia : levantó luego á Rocinante, el cual si tuviera lengua con que quejarse á buen seguro que Sancho ni su amo no le fueran en zaga. En resolucion Sancho acomodó á D. Quijote sobre el asno, y puso de reata á Rocinante, y llevando al asno del cabestro se encaminó poco mas á menos hácia donde le pareció que podia estar el camino real; y la suerte que sus cosas de bien en mejor iba guiando, aun no hubo andado una pequeña legua cuando le deparó el camino, en el cual descubrió una venta, que á pesar suyo y gusto de D. Quijote habia de ser castillo : porfiaba Sancho que era venta, y su amo que no, sino castillo, y tanto duró la porfia, que tuvieron lugar sin acabarla de llegar á ella, en la cual Sancho se entró sin mas averiguacion con toda su recua.

CAPITULO XVI.

De lo que le sucedió al ingenioso hidalgo en la venta que él imaginaba ser castillo.

El ventero, que vió á D. Quijote atravesado en el asno, preguntó á Sancho qué mal traía. Sancho le respondió que no era nada, sino que había dado una caída de una peña abajo, y que venía algo brumadas las costillas. Tenía el ventero por muger á una no de la condicion que suelen tener las de semejante trato, porque naturalmente era caritativa, y se dolía de las calamidades de sus proximos; y así acudió luego á curar á D. Quijote, y hizo que una hija suya doncella, muchacha y de muy buen parecer, la ayudase á curar á su huesped. Servía en la venta asimismo una moza asturiana, ancha de cara, llana de cogote, de nariz roma, del un ojo tuerta, y del otro no muy sana: verdad es que la gallardía del cuerpo suplía las demas faltas: no tenía siete palmos de los pies á la cabeza, y las espaldas, que algun tanto le cargaban, la hacían mirar al suelo mas de lo que ella quisiera. Esta gentil moza pues ayudó á la doncella, y las dos hicieron una muy mala cama á D. Quijote en un camaranchon que en otros tiempos daba manifiestos indicios que había servido de pajar muchos años, en el cual tambien alojaba un arriero, que tenía su cama hecha un poco mas allá de la de nuestro D. Quijote, y aunque era de las enjalmas y mantas de sus machos, hacia mucha ventaja á la de D. Quijote, que solo contenía cuatro mal lisas tablas sobre dos no muy iguales bancos, y un colchon que en lo sutil parecía colcha, lleno de bodoques, que á no mostrar que eran de lana por algunas roturas, al tiento en la dureza semejaban de guijarro, y dos sabanas hechas de cuero de adarga, y una frazada cuyos hilos si se quisieran contar no se perdiera uno solo de la cuenta. En esta maldita cama se acostó D. Quijote; y luego la ventera y su hija le emplastaron de arriba abajo alumbrándoles Maritornes, que así se llamaba la asturiana; y como al bizmalle viesse la ventera tan acardenalado á partes á D. Quijote, dijo que aquello mas parecían golpes que caída. No fueron golpes, dijo Sancho, sino que la peña tenía muchos picos y tropezones, y que cada uno había hecho su cardenal, y tambien le dijo: haga vuestra merced, señora, de manera que queden algunas estopas, que no faltará quien las haya menester, que tambien me duelen á mí un poco los lomos. ¿Desa manera, respondió la ventera, tambien debistes vos de caer? No caí, dijo Sancho Panza, sino que del sobresalto que tomé de ver caer á mi amo de tal manera me duele á mí el cuerpo.

que me parece que me han dado mil palos. Bien podria ser eso, dijo la doncella, que á mí me ha acontecido muchas veces soñar que caia de una torre abajo, y que nunca acababa de llegar al suelo, y cuando despertaba del sueño, hallarme tan molida y quebrantada como si verdaderamente hubiera caido. Ahi está el toque, señora, respondió Sancho Panza, que yo sin soñar nada, sino estando mas despierto que ahora estoy, me hallo con pocos menos cardenales que mi señor D. Quijote. ¿Cómo se llama este caballero? preguntó la asturiana Maritornes. D. Quijote de la Mancha, respondió Sancho, y es caballero aventurero, y de los mejores y mas fuertes que de luengos tiempos acá se han visto en el mundo. ¿Qué es caballero aventurero? replicó la moza. ¿Tan nueva sois en el mundo que no lo sabeis vos? respondió Sancho Panza: pues sabed, hermana mia, que caballero aventurero es una cosa que en dos palabras se ve apaleado y emperador: hoy está la mas desdichada criatura del mundo y la mas menesterosa, y mañana tendrá dos ó tres coronas de reinos que dar á su escudero. ¿Pues cómo vos siéndolo deste tan buen señor, dijo la ventera, no teneis á lo que parece siquiera algun condado? Aun es temprano, respondió Sancho, porque no ha sino un mes que andamos buscando las aventuras, y hasta ahora no hemos topado con ninguna que lo sea, y tal vez hay que se busca una cosa y se halla otra: verdad es que si mi señor D. Quijote sana de esta herida ó caída, y yo no quedo contrechado della, no trocaria mis esperanzas con el mejor título de España. Todas estas pláticas estaba escuchando muy atento D. Quijote, y sentándose en el lecho como pudo, tomando de la mano á la ventera le dijo: creedme, hermosa señora, que os podeis llamar venturosa por haber alojado en este vuestro castillo á mi persona, que es tal que si yo no la alabo es por lo que suele decirse, que la alabanza propia envilece; pero mi escudero os dirá quién soy: solo os digo que tendré eternamente escrito en mi memoria el servicio que me habedes fecho para agradecéroslo mientras la vida me durare; y pluguiera á los altos cielos que el amor no me tuviera tan rendido y tan sujeto á sus leyes, y los ojos de aquella hermosa ingrata que digo entre mis dientes, que los desta hermosa doncella fueran señores de mi libertad. Confusas estaban la ventera y su hija y la buena de Maritornes oyendo las razones del andante caballero, que así las entendian como si hablara en griego, aunque bien alcanzaron que todas se encaminaban á ofrecimiento y requiebros; y como no usadas à semejante lenguaje, mirábanle y admirábanse, y pareciales otro hombre de los que se usaban, y agradeciéndole con venteriles razones sus ofrecimientos, le dejaron, y la asturiana Maritornes curó

á Sancho, que no menos lo habia menester que su amo. Habia el arriero concertado con ella que aquella noche se refociliarian juntos, y ella le habia dado su palabra de que en estando sosegados los huéspedes y durmiendo sus amos le iria á buscar y satisfacerle el gusto en cuanto le mandase. Y cuéntase desta buena moza que jamas dió semejantes palabras que no las cúmpliese aunque las diese en un monte y sin testigo alguno, porque presumia muy de hidalga, y no tenia por afrenta estar en aquel ejercicio de servir en la venta; porque decia ella que desgracias y malos sucesos la habian traído á aquel estado. El duro, estrecho, apocado y fementido lecho de D. Quijote estaba primero en mitad de aquel estrellado establo, y luego junto á él hizo el suyo Sancho, que solo contenia una estera de enea y una manta que antes mostraba ser de angeo tundido que de lana: sucedia á estos dos lechos el del arriero, fabricado, como se ha dicho, de las enjalmas y de todo el adorno de los dos mejores mulos que traia, aunque eran doce, lucios, gordos y famosos, porque era uno de los ricos arrieros de Arévalo, segun lo dice el autor desta historia, que deste arriero hace particular mencion, porque le conocia muy bien, y aun quieren decir que era algo pariente suyo: fuera de que Cide Hamete Benengeli fue historiador muy curioso y muy puntual en todas las cosas; y échase bien de ver, pues las que quedan referidas, con ser tan minimas y tan raras, no las quiso pasar en silencio, de donde podrán tomar ejemplo los historiadores graves que nos cuentan las acciones tan corta y sucintamente, que apenas nos llegan á los labios, dejándose en el tintero ya por descuido, por malicia ó ignorancia lo mas sustancial de la obra. Bien haya mil veces el autor de *Tablante*, de *Ricamonte*, y aquel del otro libro donde se cuentan los hechos del *Conde Tomillas*; ¡y con qué puntualidad lo describen todo! Digo pues, que despues de haber visitado el arriero á su recua, y dádole el segundo pienso se tendió en sus enjalmas, y se dió á esperar á su puntualisima Maritornes. Ya estaba Sancho bismado y acostado, y aunque procuraba dormir, no lo consentia el dolor de sus costillas, y D. Quijote con el dolor de las suyas tenia los ojos abiertos como liebre. Toda la venta estaba en silencio, y en toda ella no habia otra luz que la que daba una lámpara que colgada en medio del portal ardia. Esta maravillosa quietud, y los pensamientos que siempre nuestro caballero traia de los sucesos que á cada paso se cuentan en los libros autores de su desgracia, le trujo á la imaginacion una de las extrañas locuras que buenamente imaginarse pueden; y fue que él se imaginó haber llegado á un famoso castillo (que como se ha dicho castillos eran á su parecer to-

das las ventas donde alojaba), y que la hija del ventero lo era del señor del castillo, la cual vencida de su gentileza se habia enamorado dél, y prometido que aquella noche á furto de sus padres vendria á yacer con él una buena pieza; y teniendo toda esta quimera que él se habia fabricado por firme y valedera, se comenzó á acuitar y á pensar en el peligroso trance en que su honestidad se habia de ver, y propuso en su corazon de no cometer alevosía á su señora Dulcinea del Toboso, aunque la misma reina Ginebra con su dueña Quintañoña se la pusiesen delante. Pensando pues en estos disparates se llegó el tiempo y la hora (que para él fué menguada) de la venida de la asturiana, la cual en camisa y descalza, cogidos los cabellos en una albanega de fustan, con táticos y atentados pasos entró en el aposento donde los tres alojaban en busca del arriero; pero apenas llegó á la puerta cuando D. Quijote la sintió, y sentándose en la cama á pesar de sus bizmas y con dolor de sus costillas, tendió los brazos para recibir á su hermosa doncella la asturiana, que toda recogida y callando iba con las manos delante buscando á su querido: topó con los brazos de D. Quijote, el cual la asió fuertemente de una muñeca, y tirándola hácia sí, sin que ella osase hablar palabra, la hizo sentar sobre la cama: tentóle luego la camisa, y aunque ella era de arpillera, á él le pareció ser de finísimo y delgado cendal. Traia en las muñecas unas cuentas de vidro, pero á él le dieron vislumbres de preciosas perlas orientales: los cabellos, que en alguna manera tiraban á crines, él los marcó por hebras de lucidísimo oro de Arabia, cuyo resplandor al del mismo sol escurecia, y el aliento, que sin duda alguna olia á ensalada fiambre y trasnochada, á él le pareció que arrojaba de su boca un olor suave y aromático; y finalmente él la pintó en su imaginacion de la misma traza y modo que lo habia leído en sus libros de la otra princesa que vino á ver al mal ferido caballero vencido de sus amores con todos los adornos que aquí van puestos; y era tanta la ceguedad del pobre hidalgo, que el tacto ni el aliento, ni otras cosas que traia en sí la buena doncella, no le desengañaban, las cuales pudieran hacer vomitar á otro que no fuera arriero; antes le parecia que tenia entre sus brazos á la diosa de la hermosura: y teniéndola bien asida con voz armorosa y baja le comenzó á decir: quisiera hallarme en términos, hermosa y alta señora, de poder pagar tamaña merced como la que con la vista de vuestra gran fermosura me habedes fecho; pero ha querido la fortuna, que no se cansa de perseguir á los buenos, ponerme en este lecho, donde yago tan molido y quebrantado, que aunque de mi voluntad quisiera satisfacer á la vuestra, fuera imposible; y mas que se añade á esta imposibili-

dad otra mayor, que es la prometida fe que tengo dada á la sin par Dulcinea del Toboso, única señora de mis mas escondidos pensamientos, que si esto no hubiera de por medio no fuera yo tan sandio caballero que dejara pasar en blanco la venturosa ocasion en que vuestra gran bondad me ha puesto. Maritornes estaba congojadisima y trasudando de verse tan asida de D. Quijote, y sin entender ni estar atenta á las razones que le decia procuraba sin hablar palabra desasirse. El bueno del arriero, á quien tenian despiertos sus malos deseos, desde el punto que entró su coima por la puerta la sintió, estuvo atentamente escuchando todo lo que D. Quijote decia, y zeloso de que la asturiana le hubiese faltado á la palabra por otro, se fue llegando mas al lecho de D. Quijote, y estúvose quedo hasta ver en qué paraban aquellas razones que él no podia entender; pero como vió que la moza forcejaba por desasirse, y D. Quijote trabajaba por tenerla, pareciéndole mal la burla enarboló el brazo en alto, y descargó tan terrible puñada sobre las estrechas quijadas del enamorado caballero, que le bañó toda la boca en sangre, y no contento con esto se le subió encima de las costillas, y con los pies mas que de trote se las paseó todas de cabo á cabo. El lecho, que era un poco endeble y de no firmes fundamentos, no pudiendo sufrir la añadidura del arriero, dió consigo en el suelo, á cuyo gran ruido despertó el ventero, y luego imaginó que debian de ser pendencias de Maritornes, porque habiéndola llamado á voces no respondia. Con esta sospecha se levantó, y encendiendo un candil se fue hácia donde habia sentido la pelaza. La moza, viendo que su amo venia, y que era de condicion terrible, toda medrosica y alborotada se acogió á la cama de Sancho Panza, que aun dormia, y allí se acorruco y se hizo un ovilla. El ventero entró diciendo: ¿adonde estás, puta? á buen seguro que son tus cosas estas. En esto despertó Sancho, y sintiendo aquel bulto casi encima de sí pensó que tenia la pesadilla, y comenzó á dar puñadas á una y otra parte, y entre otras alcanzó con no sé cuántas á Maritornes, la cual sentida del dolor, echando á rodar la honestidad dió el retorno á Sancho con tantas, que á su despecho le quitó el sueño, el cual viéndose tratar de aquella manera y sin saber de quién, alzándose como pudo se abrazó con Maritornes, y comenzaron entre los dos la mas reñida y graciosa escaramuza del mundo. Viendo pues el arriero á la lumbre del candil del ventero cuál andaba su dama, dejando á D. Quijote acudió á dalle el socorro necesario: lo mismo hizo el ventero, pero con intencion diferente, porque fue á castigar á la moza, creyendo sin duda que ella sola era la ocasion de toda aquella armonia. Y asi como suele decirse el gato al rato, el rato á la

cuerda, la cuerda al palo, daba el arriero á Sancho, Sancho á la moza, la moza á él, el ventero á la moza, y todos menudeaban con tanta priesa, que no se daban punto de reposo; y fue lo bueno que al ventero se le apagó el candil, y como quedaron á oscuras dábanse tan sin compasion todos á bulto, que á do quiera que ponian la mano no dejaban cosa sana. Alojaba acaso aquella noche en la venta un cuadrillero de los que llaman de la santa hermandad vieja de Toledo, el cual oyendo asimismo el extraño estruendo de la pelea, asió de su media vara y de la caja de lata de sus títulos, y entró á oscuras en el aposento diciendo: ténganse á la justicia, ténganse á la santa hermandad; y el primero con quien topó fue con el apuñeado de D. Quijote, que estaba en su derribado lecho tendido boca arriba sin sentido alguno, y echándole á tiento mano á las barbas no cesaba de decir: favor á la justicia; pero viendo que el que tenia asido no se bullia ni meneaba, se dió á entender que estaba muerto, y que los que allí dentro estaban eran sus matadores, y con esta sospecha reforzó la voz diciendo: ciérrese la puerta de la venta, miren no se vaya nadie, que han muerto aquí á un hombre. Esta voz sobresaltó á todos, y cada cual dejó la pendencia en el grado que le tomó la voz. Retiróse el ventero á su aposento, el arriero á sus enjalmas, la moza á su rancho; solos los deventurados D. Quijote y Sancho no se pudieron mover de donde estaban. Soltó en esto el cuadrillero la barba de D. Quijote, y salió á buscar luz para buscar y prender los delincuentes; mas no la halló, porque el ventero de industria habia muerto la lámpara cuando se retiró á su estancia, y fuele forzoso acudir á la chimenea, donde con mucho trabajo y tiempo encendió el cuadrillero otro candil.

CAPITULO XVII.

Donde se prosiguen los innumerables trabajos que el bravo D. Quijote y su buen escudero Sancho Panza pasaron en la venta, que por su mal pensó que era castillo.

Habia ya vuelto en este tiempo de su parasismo D. Quijote, y con el mismo ton de voz con que el dia antes habia llamado á su escudero cuando estaba tendido en el val de las estacas, le comenzó á llamar diciendo: ¿Sancho amigo, duermes? ¿duermes, amigo Sancho? ¿Qué tengo de dormir, pesia á mí? respondió Sancho lleno de pesadumbre y de despecho; que no parece sino que todos los diablos han andado conmigo esta noche. Puédeslo creer asi sin

duda , respondió D. Quijote , porque ó yo sé poco , ó este castillo es encantado , porque has de saber... mas esto que ahora quiero decirte hasme de jurar que lo tendrás secreto hasta despues de mi muerte. Sí juro , respondió Sancho. Dígolo , replicó D. Quijote , porque soy enemigo de que se quite la honra á nadie. Digo que sí juro , tornó á decir Sancho , que le callaré hasta despues de los dias de vuestra merced , y plega á Dios que lo pueda descubrir mañana. ¿ Tan malas obras te hago , Sancho , respondió D. Quijote , que me querrias ver muerto con tanta brevedad ? No es por eso , respondió Sancho , sino porque soy enemigo de guardar mucho las cosas , y no querria que se me pudriesen de guardadas. Sea por lo que fuere , dijo D. Quijote , que mas fio de tu amor y de tu cortesía ; y asi has de saber que esta noche me ha sucedido una de las mas extrañas aventuras que yo sabré encarecer , y por contártela en breve sabrás que poco ha que á mí vino la hija del señor deste castillo , que es la mas apuesta y hermosa doncella que en gran parte de la tierra se puede hallar. ¡ Qué te podria decir del adorno de su persona ! ¡ qué de su gallardo entendimiento ! ¡ qué de otras cosas ocultas , que por guardar la fe que debo á mi señora Dulcinea del Toboso dejaré pasar intactas y en silencio ! Solo te quiero decir que envidioso el cielo de tanto bien como la ventura me habia puesto en las manos , ó quizá (y esto es lo mas cierto) que como tengo dicho es encantado este castillo , al tiempo que yo estaba con ella en dulcísimos y amorosísimos coloquios , sin que yo la viese ni supiese por donde venia , vino una mano pegada á algun brazo de algun descomunal gigante , y asentóme una puñada en las quijadas , tal que las tengo todas bañadas en sangre , y despues me molió de tal suerte que estoy peor que ayer , cuando los arrieros que por demasias de Rocinante nos hicieron el agravio que sabes : por donde conjeturo que el tesoro de la fermosura desta doncella le debe de guardar algun encantado moro , y no debe de ser para mí. Ni para mí tampoco , respondió Sancho , porque mas de cuatrocientos moros me han aporreado de manera , que el molimiento de las estacas fue tortas y pan pintado ; pero dígame , señor , ¿ cómo llama á esta buena y rara aventura , habiendo quedado della cual quedamos ? Aun vuestra merced menos mal , pues tuvo en sus manos aquella incomparable fermosura que ha dicho ; pero yo ¿ qué tuve sino los mayores porrazos que pienso recibir en toda mi vida ? Desdichado de mí y de la madre que me parió , que ni soy caballero andante ni lo pienso ser jamas , y de todas las malandanzas me cabe la mayor parte. ¿ Luego tambien estas tú aporreado ? respondió D. Quijote. ¿ No le he dicho que sí , pese á mi age ? dijo Sancho. No tengas pena , amigo , dijo D. Quijote , que yon

haré ahora el balsamo precioso con que sanaremos en un abrir y cerrar de ojos. Acabó en esto de encender el candil el cuadrillero, y entró á ver el que pensaba que era muerto, y así como le vió entrar Sancho, viéndole venir en camisa y con su paño de cabeza y candil en la mano, y con una muy mala cara, preguntó á su amo : señor ¿ si será este dicha el moro encantado que nos vuelve á castigar si se dejó algo en el tintero ? No puede ser el moro, respondió D. Quijote, porque los encantados no se dejan ver de nadie. Si no se dejan ver, déjense sentir, dijo Sancho : si no diganlo mis espaldas. Tambien lo podrian decir las mias, respondió D. Quijote ; pero no es bastante indicio ese para creer que este que se ve sea el encantado moro. Llegó el cuadrillero, y como los halló hablando en tan sosegada conversacion quedó suspenso. Bien es verdad que aun D. Quijote se estaba boca arriba sin poderse menear de puro molido y emplastado. Llegóse á él el cuadrillero y dijole : pues ¿ cómo va buen hombre ? Hablara yo mas bien criado, respondió D. Quijote si fuera que vos : ¿ úsase en esta tierra hablar desa suerte á los caballeros andantes, majadero ? El cuadrillero que se vió tratar tan mal de un hombre de tan mal parecer, no lo pudo sufrir, y alzando el candil con todo su aceite dió á D. Quijote con él en la cabeza, de suerte que le dejó muy bien descalabrado ; y como todo quedó á oscuras salióse luego, y Sancho Panza dijo : sin duda, señor, que este es el moro encantado, y debe de guardar el tesoro para otros, y para nosotros solo guarda las puñadas y los candilazos. Así es, respondió D. Quijote, y no hay que hacer caso destas cosas de encantamientos, ni hay para que tomar cólera ni enojo con ellas, que como son invisibles y fantásticas no hallaremos de quien vengarnos aunque mas lo procuremos : levántate Sancho si puedes, y llama al alcaide desta fortaleza, y procura que se me dé un poco aceite, vino, sal y romero para hacer el salutifero bálsamo, que en verdad que creo que lo he bien menester ahora, porque se me va mucha sangre de la herida que esta fantasma me ha dado. Levantóse Sancho con harto dolor de sus huesos, y fue á oscuras donde estaba el ventero, y encontrándose con el cuadrillero, que estaba escuchando en qué paraba su enemigo, le dijo : señor, quienquiera que seais, hacednos merced y beneficio de darnos un poco de romero, aceite, sal y vino, que es menester para curar uno de los mejores caballeros andantes que hay en la tierra, el cual yace en aquella cama mal ferido por las manos del encantado moro que está en esta venta. Cuando el cuadrillero tal oyó, túvole por hombre falto de seso ; y porque ya comenzaba á amanecer abrió la puerta de la venta, y llamando al ventero le dijo lo que aquel buen hom-

bre queria. El ventero le proveyó de cuanto quiso , y Sancho se lo llevó á D. Quijote, que estaba con las manos en la cabeza quejándose del dolor del candilazo, que no le habia hecho mas mal que levantarle dos chichones algo crecidos, y lo que él pensaba que era sangre no era sino sudor que sudaba con la congoja de la pasada tormenta. En resolucion, él tomó sus simples, de los cuales hizo un compuesto mezclándolos todos y cociéndolos un buen espacio hasta que le pareció que estaban en su punto. Pidió luego alguna redoma para echallo, y como no la hubo en la venta se resolvió de ponerlo en una alcuza ó aceitera de hoja de lata, de quien el ventero le hizo grata donacion; y luego dijo sobre la alcuza mas de ochenta pater-nostres y otras tantas ave-marías, salves y credos, y á cada palabra acompañaba una cruz á modo de bendicion; á todo lo cual se hallaron presentes Sancho, el ventero y cuadrillero, que ya el arriero sosegadamente andaba entendiendo en el beneficio de sus machos. Hecho esto quiso él mismo hacer luego la experiencia de la virtud de aquel precioso bálsamo que él se imaginaba, asi se bebió de lo que no pudo caber en la alcuza y quedaba en la olla donde se habia cocido casi media azumbre, y apenas lo acabó de beber cuando comenzó á vomitar de manera que no le quedó cosa en el estómago, y con las ansias y agitacion del vómito le dió un sudor copiosísimo, por lo cual mandó que le arropasen y le dejasen solo. Hiciéronlo asi, y quedóse dormido mas de tres horas, al cabo de las cuales despertó y se sintió aliviadísimo del cuerpo, y en tal manera mejor de su quebrantamiento que se tuvo por sano, y verdaderamente creyó que habia acertado con el bálsamo de Fierabrás, y que con aquel remedio podia acometer desde allí adelante sin temor alguno cualesquiera rinas, batallas y pendencias por peligrosas que fuesen. Sancho Panza, que tambien tuvo á milagro la mejoría de su amo, le rogó que le diese á él lo que quedaba en la olla, que no era poca cantidad. Concedióselo D. Quijote, y él tomándola á dos manos con buena fe y mejor talante se la echó á pechos y envasó bien poco menos que su amo. Es pues el caso que el estómago del pobre Sancho no debia de ser tan delicado como el de su amo, y asi primero que vomitase le dieron tantas ansias y bascas con tantos trasudores y desmayos, que él pensó bien y verdaderamente que era llegada su última hora; y viéndose tan afligido y congojado maldecia el bálsamo y al ladron que se lo habia dado. Viéndole asi D. Quijote le dijo: yo creo, Sancho, que todo este mal te viene de no ser armado caballero, porque tengo para mí que este licor no debe de aprovechar á los que no lo son. Si eso sabia vuestra merced, replicó Sancho, mal haya yo y toda mi parentela, ¿para

qué consintió que lo gustase? En esto hizo su operacion el bregage, y comenzó el pobre escudero á desaguarse por entrambas canales con tanta priesa, que la estera de enea sobre quien se habia vuelto á echar ni la manta de angeo con que se cubria fueron mas de provecho : sudaba y trasudaba con tales parasismos y accidentes, que no solamente él, sino todos pensaron que se le acababa la vida : duróle esta borrasca y malandanza casi dos horas, al cabo de las cuales no quedó como su amo, sino tan molido y quebrantado que no se podia tener ; pero D. Quijote, que como se ha dicho se sintió aliviado y sano, quiso patirse luego á buscar aventuras, pareciéndole que todo el tiempo que allí se tardaba era quitársele al mundo y á los en él menesterosos de su favor y amparo, y mas con la seguridad y confianza que llevaba en su bálsamo; y así forzado deste deseo él mismo ensillo á Rocinante, y enalbardó al jumento de su escudero, á quien tambien ayudó á vestir y á subir en el asno : púsose luego á caballó, y llegándose á un rincon de la venta asió de un lanzon que allí estaba para que le sirviese de lanza. Estábanle mirando todos cuantos habia en la venta, que pasaban de mas de veinte personas; mirábale tambien la hija del ventero, y él tambien no quitaba los ojos della, y de cuando en cuando arrojaba un suspiro que parecia que lo arrancaba de lo profundo de sus entrañas, y todos pensaban que debia de ser de dolor que sentia en las costillas, á lo menos pensábanlo aquellos que la noche antes le habian visto bizmar. Ya que estuvieron los dos á caballo, puesto á la puerta de la venta llamó al ventero, y con voz muy reposada y grave le dijo: muchas y muy grandes son las mercedes, señor alcaide, que en este vuestro castillo he recibido, y quedo obligadísimo á agradeceróslas todos los dias de mi vida : si os las puedo pagar en haceros vengado de algun soberbio que os haya fecho algun agravio, sabed que mi oficio no es otro sino valer á los que poco pueden, y vengar á los que reciben tuertos, y castigar alevosías : recorred vuestra memoria, y si hallais algun cosa deste jaez que encomendarme, no hay sino decilla, que yo os prometo por la órden de caballero que recibí de faceros satisfecho y pagado á toda vuestra voluntad. El ventero le respondió con el mismo sosiego : señor caballero, yo no tengo necesidad de que vuestra merced me vengaue ningun agravio, porque yo sé tomar la venganza que me parece cuando se me hacen : solo he menester que vuestra merced me pague el gasto que esta noche ha hecho en la venta, asi de la paja y cebada de sus dos bestias, como de la cena y camas. ¿Luego venta es esta? replicó D. Quijote. Y muy honrada, respondió el ventero. Engañado he vivido hasta aquí, respondió D. Quijote, que en ver-

dad que pensé que era castillo, y no malo; pero pues es así que no es castillo sino venta, lo que se podrá hacer por ahora es que perdoneis por la paga, que yo no puedo contravenir á la orden de los caballeros andantes, de los cuales sé cierto (sin que hasta ahora haya leído cosa en contrario) que jamas pagaron posada ni cosa otra en venta donde estuviesen, porque se les debe de fuero y de derecho cualquier buen acogimiento que se les hiciere en pogo del insufrible trabajo que padecen buscando las aventuras de noche y de día, en invierno y en verano, á pie y á caballo, con sed y con hambre, con calor y con frio, sujetos á todas las inclemencias del cielo y á todos los incómodos de la tierra. Poco tengo yo que ver en eso, respondió el ventero; pagueseme lo que se me debe, y dejémonos de cuentos ni de caballerías, que yo no tengo cuenta con otra cosa que con cobrar mi hacienda. Vos sois un sandio y mal hostelero, respondió D. Quijote, y poniendo piernas á Rocinante, y terciando su lanzon se salió de la venta sin que nadie le detuviese; y él sin mirar si le seguia su escudero se alongó un buen trecho. El ventero, que le vió ir y que no le pagaba, acudió á cobrar de Sancho Panza, el cual dijo, que pues su señor no habia querido pagar, que tampoco él pagaria, porque siendo él escudero de caballero andante como era, la misma regla y razon corria por él como por su amo en no pagar cosa alguna en los mesones y ventas. Amohinóse mucho desto el ventero, y amenazóle que si no le pagaba que lo cobraria de modo que le pesase. A lo cual Sancho respondió, que por la ley de caballería que su amo habia recebido no pagaria un solo cornado aunque le costase la vida, porque no habia de perder por él la buena y antigua usanza de los caballeros andantes, ni se habian de quejar dél los escuderos de los tales que estaban por venir al mundo, reprochándole el quebrantamiento de tan justo fuero. Quiso la mala suerte del desdichado Sancho que entre la gente que estaba en la venta se hallasen cuatro perales de Segovia, tres agujeros del potro de Córdoba, y dos vecinos de la heria de Sevilla, gente alegre, bien intencionada, maleante y juguetona, los cuales casi como instigados y movidos de un mismo espíritu se llegaron á Sancho, y apeándole del asno, uno dellos entró por la manta de la cama del huésped, y echándole en ella alzaron los ojos y vieron que el techo era algo mas bajo de lo que habian menester para su obra, y determinaron salirse al corral que tenia por limite el cielo, y allí puesto Sancho en mitad de la manta comenzaron á levantarle en alto, y á holgarse con él como con perro por carnestolendas. Las voces que el mísero manteado daba fueron tantas que llegaron á los oidos de su amo, el cual deteniéndose á escuchar atentamente creyó que al-

guna nueva aventura le venia, hasta que claramente conoció que el que gritaba era su escudero; y volviendo las riendas, con un penado galope llegó á la venta, y hallándola cerrada la rodeó por ver si hallaba por donde entrar; pero no hubo llegado á las paredes del corral, que no eran muy altas, cuando vió el mal juego que se le hacia á su escudero. Vióle bajar y subir por el aire con tanta gracia y presteza, que si la cólera le dejara tengo para mí que se riera. Probó á subir desde el caballo á las bardas, pero estaba tan molido y quebrantado que aun apearse no pudo, y asi desde encima del caballo comenzó á decir tantos denuestos y baldones á los que á Sancho manteaban, que no es posible acertar á escribillos; mas no por esto cesaban ellos de su risa y de su obra, ni el volador Sancho dejaba sus quejas mezcladas ya con amenazas, ya con ruegos; mas todo aprovechaba poco ni aprovechó hasta que de puro cansados le dejaron. Trujéronle allí su asno, y subiéndole encima le arroparon con su gaban, y la compasiva de Maritornes, viéndole tan fatigado, le pareció ser bien socorrelle con un jarro de agua, y asi se le trujo del pozo por ser mas fria. Tomóle Sancho, y llevándole á la boca se paró á las voces que su amo le daba diciendo: hijo Sancho, no bebas agua, hijo, no la bebas, que te matará: ves aquí tengo el santísimo bálsamo (y enseñábale la alcuza del brebage) que con dos gotas que dél bebas sanarás sin duda. A estas voces volvió Sancho los ojos como de traves, y dijo con otras mayores: ¿por dicha hásele olvidado á vuestra merced como yo no soy caballero, ó quiere que acabe de vomitar las entrañas que me quedaron de anoche? Guárdese su licor con todos los diablos, y déjeme á mí: y el acabar de decir esto y el comenzar á beber todo fue uno; mas como al primer trago vió que era agua, no quiso pasar adelante, y rogó á Maritornes que se le trujese de vino, y asi lo hizo ella de muy buena voluntad, y lo pagó de su mismo dinero, porque en efecto se dice della que aunque estaba en aquel trato tenia unas sombras y lejos de cristiana. Asi como bebió Sancho dió de los carcaños á su asno, y abriéndole la puerta de la venta de par en par se salió della muy contento de no haber pagado nada y de haber salido con su intencion, aunque habia sido á costa de sus acostumbrados fiadores que eran sus espaldas. Verdad es que el ventero se quedó con sus alforjas en pago de lo que se le debia, mas Sancho no las echó menos segun salió turbado. Quiso el ventero atrancar bien la puerta asi como le vió fuera, mas no lo consintieron los manteadores, que era gente que aunque D. Quijote fuera verdaderamente de los caballeros andantes de la Tabla Redonda no le estimaran en dos ardites.

CAPITULO XVIII.

Donde se cuentan las razones que pasó Sancho Panza con su señor D. Quijote, con otras aventuras dignas de ser contadas.

Llegó Sancho á su amo marchito y desmayado, tanto que no podia arrear á su jumento. Cuando asi le vió D. Quijote le dijo : ahora acabo de creer, Sancho bueno, que aquel castillo ó venta es encantado sin duda, porque aquellos que tan atrocemente tomaron pasatiempo contigo ¿qué podian ser sino fantasmas y gente del otro mundo ? y confirmo esto por haber visto que cuando estaba por las bardas del corral mirando los actos de tu triste tragedia no me fué posible subir por ellas, ni menos pude apearme de Rocinante, porque me debian de tener encantado ; que te juro por la fe de quien soy que si pudiera subir ó apearme, que yo te hiciera vengado de manera que aquellos follones y malandrines se acordaran de la burla para siempre, aunque en ello supiera contravenir á las leyes de caballería, que como ya muchas veces te he dicho no consienten que caballero ponga mano contra quien no lo sea, si no fuere en defensa de su propia vida y persona en caso de urgente y gran necesidad. Tambien me vengara yo si pudiera, fuera ó no fuera armado caballero, pero no pude ; aunque tengo para mí que aquellos que se holgaron conmigo no eran fantasmas ni hombres encantados como vuestra merced dice, sino hombres de carne y de hueso como nosotros, y todos, segun los oí nombrar cuando me volteaban, tenian sus nombres, que el uno se llamaba Pedro Martinez, y el otro Tenorio Hernandez, y el ventero oí que se llamaba Juan Palomeque el Zurdo : asi que, señor, el no poder saltar las bardas del corral ni apearse del caballo en ál estuvo que en encantamientos ; y lo que yo saco en limpio de todo esto es, que estas aventuras que andamos buscando al cabo al cabo nos han de traer á tantas desventuras que no sepamos cuál es nuestro pie derecho ; y lo que seria mejor y mas acertado, segun mi poco entendimiento, fuera el volvernos á nuestro lugar ahora que es tiempo de la siega, y de entender en la hacienda, dejándonos de andar de zeca en meca y de zoca en colodra, como dicen. Qué poco sabes, Sancho, respondió D. Quijote, de achaque de caballería : calla y ten paciencia, que dia vendrá donde veas por vista de ojos cuan honrosa cosa es andar en este ejercicio : si no, dime ¿qué mayor contento puede haber en el mundo, ó qué gusto puede igualarse al de vencer una batalla, y

al de triunfar de su enemigo? ninguno sin duda alguna. Asi debe de ser, respondió Sancho, puesto que yo no lo sé; solo sé que despues que somos caballeros andantes, ó vuestra merced lo es (que yo no hay para que me cuente en tan honroso número) jamas hemos vencido batalla alguna, sino fue la del vizcaino, y aun de aquella salió vuestra merced con media oreja y media celada menos; que despues acá todo ha sido palos y mas palos, puñadas y mas puñadas, llevando yo de ventaja el manteamiento, y haberme sucedido por personas encantadas de quien no puedo vengarme, para saber hasta donde llega el gusto del vencimiento del enemigo, como vuestra merced dice. Esa es la pena que yo tengo y la que tú debes tener, Sancho, respondió D. Quijote; pero de aquí adelante yo procuraré haber á las manos alguna espada hecha por tal maestría, que al que la trujere consigo no le puedan hacer ningun género de encantamientos, y aun podria ser que me deparase la ventura aquella de Amadis, cuando se llamaba *El caballero de la ardiente espada*, que fué una de las mejores espadas que tuvo caballero en el mundo, porque fuera que tenia la virtud dicha cortaba como una navaja, y no habia armadura por fuerte y encantada que fuese que se le parase delante. Yo soy tan venturoso, dijo Sancho, que cuando eso fuese y vuestra merced viniese á hallar espada semejante, solo vendria á servir y aprovechar á los armados caballeros como el bálsamo, y á los escuderos que se los papen duelos. No temas eso, Sancho, dijo D. Quijote, que mejor lo hará el cielo contigo. En estos coloquios iban D. Quijote y su escudero cuando vió D. Quijote que por el camino que iban venia hácia ellos una grande y espesa polvareda, y en viéndola se volvió á Sancho y le dijo: este es el dia, ó Sancho, en el cual se ha de ver el bien que me tiene guardado mi suerte: este es el dia, digo, en que se ha de mostrar tanto como en otro alguno el valor de mi brazo, y en el que tengo de hacer obras que queden escritas en el libro de la fama por todos los venideros siglos. ¿ Ves aquella polvareda que allí se levanta, Sancho? pues toda es cuajada de un copiosísimo ejército que de diversas é innumerables gentes por allí viene marchando. A esa cuenta dos deben de ser, dijo Sancho, porque desta parte contraria se levanta asimesmo otra semejante polvareda. Volvió á mirarlo D. Quijote, y vió que asi era la verdad, y alegrándose sobremanera pensó sin duda alguna que eran dos ejércitos que venian á embestirse y á encontrarse en mitad de aquella espaciosa llanura, porque tenia á todas horas y momentos llena la fantasia de aquellas batallas, encantamientos, sucesos, desatinos, amores, desafios que en los libros de caballerias se cuentan; y todo cuanto hablaba, pensaba ó

hacia era encaminado á cosas semejantes , y la polvareda que habia visto la levantaban dos grandes manadas de ovejas y carneros que por aquel mismo camino de dos diferentes partes venian , las cuales con el polvo no se echaron de ver hasta que llegaron cerca ; y con tanto ahinco afirmaba D. Quijote que eran ejércitos , que Sancho lo vino á creer y á decirle : señor ¿ pues qué hemos de hacer nosotros ? ¿ Qué ? dijo D. Quijote , favorecer y ayudar á los menesterosos y desvalidos : y has de saber , Sancho , que este que viene por nuestra frente le conduce y guia el grande emperador Alifanfaron , señor de la grande isla Trapobana ; este otro que á mis espaldas marcha es el de su enemigo el rey de los Garamantas Pentapolin del arremangado brazo , porque siempre entra en las batallas con el brazo derecho desnudo . ¿ Pues por qué se quieren tan mal estos dos señores ? preguntó Sancho . Quiérense mal , respondió D. Quijote , porque este Alifanfaron es un furibundo pagano y está enamorado de la hija de Pentapolin , que es una muy hermosa y ademas agraciada señora , y es cristiana , y su padre no se la quiere entregar al rey pagano si no deja primero la ley de su falso profeta Mahoma y se vuelve á la suya . Para mis barbas , dijo Sancho , si no hace muy bien Pentapolin , y que le tengo de ayudar en cuanto pudiere . En eso harás lo que debes , Sancho , dijo D. Quijote , porque para entrar en batallas semejantes no se requiere ser armado caballero . Bien se me alcanza eso , respondió Sancho ; ¿ pero dónde pondremos á este asno , que estemos ciertos de hallarle despues de pasada la refriega , porque el entrar en ella en semejante caballería no creo que está en uso hasta ahora ? Asi es verdad , dijo D. Quijote ; lo que puedes hacer dél es dejarle á sus aventuras , ahora se pierda ó no , porque serán tantos los caballos que tendremos despues que salgamos vencedores , que aun corre peligro Rocinante no le trueque por otro ; pero estame atento y mira , que te quiero dar cuenta de los caballeros mas principales que en estos dos ejércitos vienen ; y para que mejor los veas y notes , retirémonos á aquel altillo que allí se hace , de dónde se deben de descubrir los dos ejércitos . Hiciéronlo asi , y pusiéronse sobre una loma , desde la cual se verian bien las dos manadas , que á D. Quijote se le hicieron ejércitos , si las nubes del polvo que levantaban no les turbara y cegara la vista ; pero con todo esto , viendo en su imaginacion lo que no veia ni habia , con voz levantada comenzó á decir : aquel caballero que allí ves de las armas jaldes , que trae en el escudo un leon coronado rendido á los pies de una doncella , es el valeroso Laurcalco , señor de la puente de plata : el otro de las armas de las flores de oro , que trae en el escudo tres coronas de plata en campo azul ,

es el temido Micocolemo, gran duque de Quirocia : el otro de los miembros gigantes que está á su derecha mano es el nunca medroso Brandabarbaran de Boliche, señor de las tres Arabias, que viene armado de aquel cuero de serpiente, y tiene por escudo una puerta, que segun es fama es una de las del templo que derribó Sanson cuando con su muerte se vengó de sus enemigos; pero vuelve los ojos á estotra parte, y verás delante y en la frente de estotro ejército al siempre vencedor y jamas vencido Timonel de Carcajona, príncipe de la nueva Vizcaya, que viene armado con las armas partidas á cuarteles azules, verdes, blancas y amarillas, y trae en el escudo un gato de oro en campo leonado con una letra que dice : *Miu*, que es el principio del nombre de su dama, que segun se dice es la sin par Miulina hija del duque Alfeñiquen del Algarbe : el otro que carga y oprime los lomos de aquella poderosa alfana, que trae las armas como nieve blancas, y el escudo blanco y sin empresa alguna, es un caballero novel, de nacion frances, llamado Pierres Papin, señor de las baronías de Utrique : el otro que bate las ijadas con los herrados carcaños á aquella pintada y ligera cebrá, y trae las armas de los veros azules, es el poderoso duque de Nerbia Espartafilardo del Bosque, que trae por empresa en el escudo una esparraguera con una letra en castellano que dice asi : *Rastrea mi suerte*. Y desta manera fué nombrando muchos caballeros del uno y del otro escuadron que él se imaginaba, y á todos les dió sus armas, colores, empresas y motes de improviso, llevado de la imaginacion de su nunca vista locura; sin parar prosiguió diciendo : á este escuadron frontero forman y hacen gentes de diversas naciones : aquí estan los que beben las dulces aguas del famoso Janto, los montuosos que pisan los masilicos campos, los que criban el finísimo y menudo oro en la felice Arabia, los que gozan las famosas y frescas riberas del claro Termodonte, los que sangran por muchas y diversas vias al dorado Pactolo, los numidas dudosos en sus promesas, los persas en arcos y flechas famosos, los partos, los medos que pelean huyendo, los árabes de mudables casas, los citas tan crueles como blancos, los etiopes de horadados labios, y otras infinitas naciones cuyos rostros conozco y veo, aunque de los nombres no me acuerdo. En estotro escuadron vienen los que beben las corrientes cristalinas del olivifero Betis, los que tersan y pulen sus rostros con el licor del siempre rico y dorado Tajo, los que gozan las provechosas aguas del divino Genil, los que pisan los tartesios campos de pastos abundantes, los que se alegran en los eliseos jerezanos prados, los manchegos ricos y coronados de rubias espigas, los de hierro vestidos, reliquias antiguas de la san-

gre goda, los que en Pisuerga se bañan, famoso por la manse-
dumbre de su corriente, los que su ganado apacientan en las exten-
didas dehesas del tortuoso Guadiana, celebrado por su escondido
curso, los que tiemblan con el frio del silvoso Pirineo y con los
blancos copos del levantado Apenino : finalmente cuantos toda la
Europa en sí contiene y encierra. ¡ Válame Dios, y cuantas provin-
cias dijo, cuantas naciones nombró, dándole á cada una con mara-
villosa presteza los atributos que le pertenecian, todo absorto y
empapado en lo que habia leído en sus libros mentirosos ! Estaba
Sancho Panza colgado de sus palabras sin hablar ninguna, y de
cuando en cuando volvia la cabeza á ver si veia los caballeros y gi-
gantes que su amo nombraba, y como no descubria á ninguno le
dijo : señor, encomiendo al diablo, hombre, ni gigante, ni caba-
llero de cuantos vuestra merced dice parece por todo esto : á lo
menos yo no los veo, quizá todo debe de ser encantamento, como
las fantasmas de anoche. ¿Cómo dices eso? respondió D. Quijote;
¿no oyes el relinchar de los caballos, el tocar de los clarines, el
ruido de los atambores? No oigo otra cosa, respondió Sancho, sino
muchos balidos de ovejas y carneros; y así era la verdad, porque
ya llegaban cerca los dos rebaños. El miedo que tienes, dijo D. Qui-
jote, te hace, Sancho, que ni veas ni oyas á derechas, porque uno
de los efetos del miedo es turbar los sentidos, y hacer que las co-
sas no parezcan lo que son; y si es que tanto temes, retírate á una
parte y déjame solo, que solo basto á dar la vitoria á la parte á
quien yo diere mi ayuda; y diciendo esto puso las espuelas á Roci-
nante, y posta la lanza en el ristre bajó de la costezuela como
un rayo. Dióle voces Sancho diciéndole : vuélvase vuestra merced,
señor D. Quijote, que voto á Dios que son carneros y ovejas las que
va á embestir : vuélvase, desdichado del padre que me engendró;
¡ qué locura es esta ! mire que no hay gigante, ni caballero alguno,
ni gatos, ni armas, ni escudos partidos ni enteros, ni veros azules
ni endiablados; ¿qué es lo que hace? pecador soy yo á Dios. Ni
por esas volvió D. Quijote, antes en altas voces iba diciendo : ea
caballeros, los que seguís y militáis debajo de las banderas del
valeroso emperador Pentapolin del arremangado brazo, seguidme
todos, vereis cuan facilmente le doy venganza de su enemigo Ali-
fanfaron de la Trapobana. Esto diciendo se entró por medio del
escuadron de las ovejas, y comenzó de alanceallas con tanto corage
y denuedo como si de veras alanceara á sus mortales enemigos. Los
pastores y ganaderos que con la manada venian dábanle voces que
no hiciese aquello; pero viendo que no aprovechaban, descinieronse
las hondas y comenzaron á saludalle los oidos con piedras como el

puño. D. Quijote no se curaba de las piedras, antes discurriendo á todas partes decia : adonde estás, soberbio Alifanfaron, vente á mí, que un caballero solo soy que desea de solo á solo probar tus fuerzas y quitarte la vida en pena de la que das al valeroso Pentapolin Garamanta. Llegó en esto una peladilla de arroyo; y dándole en un lado le sepultó dos costillas en el cuerpo. Viéndose tan maltrecho creyó sin duda que estaba muerto ó mal ferido, y acordándose de su licor sacó su alcuza y púsose la á la boca, y comenzó á echar licor en el estómago; mas antes que acabase de envasarlo que á él le parecia que era bastante llegó otra almendra, y dióle en la mano y en el alcuza tan de lleno que se la hizo pedazos, llevándole de camino tres ó cuatro dientes y muelas de la boca, y machacándole malamente dos dedos de la mano. Tal fue el golpe primero y tal el segundo, que le fue forzoso al pobre caballero dar consigo del caballo abajo. Llegáronse á él los pastores, y creyeron que le habian muerto, y así con mucha priesa recogieron su ganado, y cargaron de las reses muertas que pasaban de siete, y sin averiguar otra cosa se fueron. Estábase todo este tiempo Sancho sobre la cuesta mirando las locuras que su amo hacia, y arrancábase las barbas maldiciendo la hora y el punto en que la fortuna se le habia dado á conocer : viéndole pues caido en el suelo, y que ya los pastores se habian ido, bajó de la cuesta y llegóse á él, y hallóle de muy mal arte, aunque no habia perdido el sentido, y dijole : ¿ no le decia yo, señor D. Quijote, que se volviese, que los que iba á acometer no eran ejércitos sino manadas de carneros? Como eso puede desaparecer y contrahacer aquel ladrón del sabio mi enemigo : sábete, Sancho, que es muy fácil cosa á los tales hacernos parecer lo que quieren, y este maligno que me persigue, envidioso de la gloria que vió que yo habia de alcanzar desta batalla, ha vuelto los escuadrones de enemigos en manadas de ovejas : si no, haz una cosa, Sancho, por mi vida, porque te desengañes y veas ser verdad lo que te digo : sube en tu asno, y siguelos bonitamente, y verás como en alejándose de aquí algun poco se vuelven en su ser primero, y dejando de ser carneros son hombres hechos y derechos como yo te los pinté primero; pero no vayas ahora, que he menester tu favor y ayuda; llégate á mí, y mira cuántas muelas y dientes me faltan, que me parece que no me ha quedado ninguno en la boca. Llegóse Sancho tan cerca que casi le metia los ojos en la boca, y fue á tiempo que ya habia obrado el bálsamo en el estómago de D. Quijote, y al tiempo que Sancho llegó á mirarle la boca arrojó de sí mas recio que una escopeta cuanto dentro tenia, y dió con todo ello en las barbas del compasivo escudero. ¡ Santa

María! dijo Sancho, ¿y qué es esto que me ha sucedido? sin duda este pecador está herido de muerte, pues vomita sangre por la boca; pero reparando un poco mas en ello echó de ver en la color, sabor y olor que no era sangre, sino el bálsamo de la alcuza que él le habia visto beber, y fue tanto el asco que tomó, que revolviéndosele el estómago vomitó las tripas sobre su mismo señor, y quedaron entrambos como de perlas. Acudió Sancho á su asno para sacar de las alforjas con que limpiarse, y con que curar á su amo, y como no las halló estuvo á punto de perder el juicio: maldijose de nuevo, y propuso en su corazon de dejar á su amo, y volverse á su tierra aunque perdiese el salario de lo servido y las esperanzas del gobierno de la prometida ínsula. Levantóse en esto D. Quijote, y puesta la mano izquierda en la boca porque no se le acabasen de salir los dientes, asió con la otra las riendas de Rocinante, que nunca se habia movido de junto á su amo (tal era de leal y bien acondicionado), y fuese adonde su escudero estaba de pechos sobre su asno con la mano en la mejilla en guisa de hombre pensativo ademas; y viéndole D. Quijote de aquella manera con muestras de tanta tristeza le dijo: sábeta, Sancho, que no es un hombre mas que otro si no hace mas que otro: todas estas borrascas que nos suceden son señales de que presto ha de serenar el tiempo, y han de sucedernos bien las cosas, porque no es posible que el mal ni el bien sean durables, y de aquí se sigue que habiendo durado mucho el mal, el bien está ya cerca: asi que no debes congojarte por las desgracias que á mí me suceden, pues á tí no te cabe parte dellas. ¿Cómo no? respondió Sancho; ¿por ventura el que ayer mantearon era otro que el hijo de mi padre? ¿y las alforjas que hoy me faltan con todas mis alhajas son de otro que del mismo? ¿Qué te faltan las alforjas, Sancho? dijo D. Quijote. Sí que me faltan, respondió Sancho. Dese modo no tenemos que comer hoy, replicó D. Quijote. Eso fuera, respondió Sancho, cuando faltaran por estos prados las yerbas que vuestra merced dice que conoce, con que suelen suplir semejantes faltas los tan mal aventurados caballeros andantes como vuestra merced es. Con todo eso, respondió D. Quijote, tomara yo ahora mas aina un cuartal de pan, ó una hogaza y dos cabezas de sardinas arenques, que cuantas yerbas describe Dioscórides, aunque fuera el ilustrado por el doctor Laguna; mas con todo esto sube en tu jumento, Sancho el bueno, y vente tras mí, que Dios, que es proveedor de todas las cosas, no nos ha de faltar, y mas andando tan en su servicio como andamos, pues no falta á los mosquitos del aire, ni á los gusanillos de la tierra, ni á los renacuajos del agua, y es tan piadoso que hace salir su sol sobre los buenos y malos, y